

## **NUESTRA SORPRESA Y NUESTRAS DIFICULTADES COMPRENSIVAS CON RESPECTO A LA INDIGNACIÓN JUVENIL RADICAL EN LA CRISIS SOCIAL EN CHILE: NOTAS DE CAMPO**

*Nota del editor: Esta conferencia la dictó el autor de modo presencial el lunes 13 de enero de 2020 en el seminario internacional organizado por el Instituto Humaniza Santiago denominado: Modelos de Terapia Reparadora de las Consecuencias de Traumas Complejos en Niños, Niñas, Adolescentes y Adultos. La ponencia se presentó en la mesa redonda inaugural: “Crisis social en Chile y su impacto en la niñez y adolescencia”, donde participaron junto a Germán Morales, Jorge Barudy y Elizabeth Lira. Esta mesa se incluyó en el programa como un intento de reflexión acerca de la gran crisis social que vivía y aún vive Chile, al momento de esta publicación, desde el estallido o revuelta social del 18 de octubre de 2019, que fue el punto de inicio de una gran cantidad de eventos sociales y de protestas que lideraron inicial y posteriormente, adolescentes que, ese día, decidieron saltar los torniquetes del metro de Santiago, evadiendo su pago, dado el aumento de 30 pesos en la tarifa.*

GERMAN MORALES FARIAS  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
gpmorale@uc.cl

ANTES QUE NADA, AGRADECER LA INVITACIÓN DE HUMANIZA, y señalar sentirme honrado y emocionado de estar sentado al lado de dos personas que se han destacado por su aporte a los DDHH y la salud mental de nuestro país, como son Jorge Barudy, y Elizabeth Lira.

El título dice notas preliminares, tanto porque lo son como, porque resulta difícil realizar un análisis del contexto actual que cambia constantemente. Por ello, una de las cosas que más me han irritado desde el estallido social del 18/10 ha sido la linealidad de las explicaciones y la cantidad de pitonisos que supuestamente anticipaban secretamente esta crisis social, o perderse en las discusiones detallistas de si ha habido, o no, violaciones sistemáticas de DDHH, si ya basta con que se diga que son masivas y graves en todos los informes existentes (Amnistía, Human Rights Watch, ONU, e INDH).

Comprender la crisis social como obra de agentes extranjeros, el movimiento musical K-Pop, o una invasión alienígena, no merece comentarios serios ni políticos ni académicos ni profesionales que den cuenta de la magnitud de la crisis. Por otro lado, las hipótesis de inmadurez adolescente, envidia y psicopatía o pulsiones irrefrenables como etiología infantil de la crisis que han desarrollado los intelectuales consultados por la Moneda son, al menos, parciales, reduccionistas y/o simples. Afortunadamente hay muchas y muchos que con más recato y humildad han ofrecido ideas preliminares para comprender lo ocurrido utilizando distintas denominaciones.

En esta mesa se buscó una palabra más neutra cual es la de crisis social, otros han hablado de estallido, algunos refiriéndose al estallido social, otros lo han declarado estallido de violencia, otros lo nominan revuelta, otros el despertar, aludiendo a la consigna de Chile despertó. Como sea, cualquier palabra que ocupemos alude a dos dimensiones: Crisis habla de peligro y oportunidad; estallido habla de una explosión social o de violencia, en su dimensión expansiva luego de la acumulación abusiva o pone el énfasis en la pérdida del orden social, y despertar hace referencia a un sueño o pesadilla, que nos impele a despertarnos, levantarnos y ponernos de pie.

No pretendo en estos escasos minutos ofrecer una explicación, y sólo aportar ideas preliminares, que puedan ser usadas para comprender la “cuestión social” asociada a la crisis social y más que respecto del impacto, respecto de la construcción subjetiva juvenil actual. Como uno siempre habla desde un lugar lo hago usando mi heterodoxia habitual, así que probablemente mis referencias también podrán ser un poco alejadas de la psicología.

Quisiera partir señalando que antes de este estallido social, estaban normalizadas o naturalizadas algunos aspectos de la vida cotidiana asociados al modelo neoliberal, uno de cuyos ejes -según Byun Yul-Han en su libro *La Sociedad del cansancio*- han sido el exceso de positividad. Este autor define la positividad como la ampliación de los límites y la pérdida de éstos. Así, gracias a la tecnología se han roto los límites derivando en la explotación, que vivimos y actuamos como auto-explotación, pues ya no distinguimos -gracias al celular- el descanso y el trabajo, y estamos simultáneamente ocupados con la multi-atención. De este modo, además, estamos en constante evaluación, incluso cuando vamos a orinar y tenemos que calificar con un emoticón nuestra experiencia en el baño. Ello se basa en un paradigma del rendimiento que no admite límites, pues siempre se puede más, y deriva en la sociedad del cansancio, que produce depresión, déficit atencional y burnout, según Han. Esto es un trasfondo subjetivo detrás del modelo neoliberal que vivimos los adultos actualmente, que según Hazaki (2019), implica que “el trabajo se ha extendido a la casa del trabajador, y la ha ocupado” Pp. 59.

Al otro lado de la vereda tenemos a las y los adolescentes que han observado a sus padres sometidos a la exigencia del rendimiento, a la evaluación constante, al abuso cotidiano de un orden que ellos y ellas han terminado de rechazar. Esta juventud es muy diversa, desde los “nini” (ni trabaja ni estudia), chicos SENAME, estudiantes secundarios, técnicos, universitarios, trabajadores jóvenes con empleos precarios –en el sentido de la formalización- y comerciantes ambulantes, inmigrantes, que forman un todo nada homogéneo *de los que sobran* o que se sienten identificados con aquella canción o solidarizan con aquellos. Han actuado desde la indignación y la solidaridad, e iniciaron este movimiento evadiendo el pago del metro como forma de protesta por el alza del pasaje, que no los ni las afectaba directamente, pues el alza fue para el pasaje adulto y no escolar. No todos ni todas los que iniciaron o desarrollaron este proceso conforman ese todo de “*los que sobran*”, en términos estrictos, pues hay muchas y muchos estudiantes secundarios, y sobre todo universitarios, que están integrados y no cabrían en la categoría

de excluidos y marginales, pero como recuerdo un lienzo del movimiento pingüino que decía: A mí también me importa. Ellos y ellas entonces, empatizaban con detener este modo de funcionar socialmente y seguir sometidos a las reglas del modelo neoliberal y sus *defensores confesos o conversos*. Por eso la caricaturización de que sólo han sido “*los marginales*” los que protestan no es real, y no sólo he observado, sino que conozco muchos y muchas jóvenes, que han formado parte de este movimiento, y son universitarios y secundarios que podrían no haberse implicado o haber protestado solo un rato, pero por el contrario la participación juvenil ha sido masiva y se ha sostenido por mucho tiempo. Sin ir más lejos, yo como profesor no he hecho clases desde el 18 de octubre en la Universidad Católica donde hago, o hacía clases.

Según Duchatzky & Corea (2002) muchos de los adolescentes actuales son *Chicos en banda*, en el sentido que necesitan y ocupan un espacio grupal de pertenencia en una banda, y también banda porque están en banda, al borde, en la frontera, en procesos subjetivos en el declive de las instituciones. Todas y todos provienen de una escuela en crisis, no por una escuela en particular, sino porque la escuela que era el lugar de saber y la autoridad provenía desde allí, como señalan Corea & Lewkowicz (2004), en su libro *Pedagogía del aburrido*, ello ha hecho crisis destituyendo a la escuela como lugar de saber y constructor de autoridad. La tecnología y “San Google” ha puesto el conocimiento en red, y así el profesor ha perdido su lugar de saber, y por tanto de autoridad, y las instituciones no son referentes morales, y entonces, se hace difícil ocupar ese rol, el rol de la autoridad dotada de conocimiento, por lo que el profesor debe buscar ser una suerte de showman, y tratar de enseñar, más allá de la demanda de disciplina y control encomendados como tarea social que termina siendo prioritaria. Junto con ello, en toda la sociedad, pero en la Escuela en especial, hay una crisis de representatividad, de las formas de organización a nivel estudiantil, y más específicamente de la democracia representativa, no sólo por la merma de votantes como fuera ayer, sino que también porque han mutado las formas de organización, y así, por ejemplo, en gran parte de los liceos públicos del país existe una asamblea y no un centro de alumnos. No se elige directiva en listas que compiten en elecciones, sino voceros, porque se desconfía de “*los representantes*”. En esta asamblea se viven las virtudes y dificultades de la misma: rotación de vocerías garantizando la fidelidad al discurso grupal y el compromiso y la participación cara a cara, simultáneamente a la eferescencia impulsiva y la dilución de la responsabilidad, y las dificultades de lograr acuerdos, y además, espacio para negociar-sí ya sé que es una palabra que goza con mala prensa pero sigue siendo necesaria-.

En este contexto se percibe que lo más relevante es validar la opinión en el grupo, en el grupo propio, desde las emociones y desconociendo la autoridad, que al parecer sería la pulsión infantil al decir de Carlos Peña (2019). Quizás hay algo de esto, pero es un poco simplista sólo verlo así, porque junto al ímpetu o inmadurez adolescente como decía Winnicott (19, no perdamos de vista que también hay convicciones e ideales, y hay más que buenas razones para desconfiar de los representantes, cuando estos tienden a representarse a sí mismos y a los intereses de sus financistas. Pareciera una búsqueda casi contra-fóbica de construir nuevos tipos de relaciones entre pares, entre géneros, entre

clases, entre identidades diversas, buscar relaciones simétricas, no jerárquicas que se hacen sinónimo de lo abusivo. Como señala Bauman (2011) se impele los ciudadanos, y en especial, a los jóvenes, a llevar como asuntos privados demandas y derechos sociales, y así que ellos y ellas *“busquen soluciones biográficas a contradicciones sistémicas”* (Beck, 2006, citado por Bauman, 2011) Pp.76. Así, cuando se desarrolla la noción del cambio esperado no es posible hacerlo en las coordenadas existentes, tal como señalan Gloria Jimenez & Jorge Manzi (2019), ya que *“surge la desesperanza y la sensación de que ya no hay nada que perder. Para algunas personas, la situación es ya tan negativa y desalentadora, que nada de lo que se haga va a poder empeorarla, porque ya no puede ser peor. Entonces, cualquier acto, por radical y violento que sea, se convierte en una opción viable. Porque las personas que llevan a cabo estas acciones extremas probablemente sienten que las acciones pacíficas no son útiles, y que ya no tienen nada que perder”*.

Podemos observar una adolescencia sin barreras aparentes gracias a la globalización, pero con un sin sentido de futuro, en donde la épica melancólica planetaria ha ocupado su lugar, y desde esta subjetividad existe la noción de que nos estamos extinguiendo y ya no hay tiempo que perder ni menos esperar si se quiere un cambio, como diría Greta Thunber. Lo mismo ocurre con la performance feminista *Un violador en tu camino* del grupo *Las Tesis*, que también son un grupo de jóvenes que devuelve la responsabilidad de la violencia patriarcal a quien la origina, y lo hace de manera taxativa, y no es sólo a un alguien como los jueces, los carabineros o el presidente, sino al orden social abusivo desde sus instituciones, impeliendo a un cambio inmediato expresado en los espacios donde está instalado ese orden.

Hace 4 décadas atrás The Clash decía: *No sé lo que quiero, pero lo quiero ahora*, y yo le agregaría hoy día, pero *sí sé lo que no quiero*. Este *No quiero*, alude al *Basta ya de abusos* está asociado a lo compartido en el grupo de pares, que ya no de transición, sino de lugar de estadía con intensidad emocional y contención, reforzado por la sensación y/o realidad de exclusión propia y de sus padres. La frase pareciera ser:

- *No quiero que me representen y se olviden de mí, cuando sean elegidos, y haciendo lo contrario a lo que me dijeron que harían.*
- *No quiero que prediquen lo que no hacen, y me hagan cumplir reglas que ellos trasgreden.*
- *¿Y quienes son ell@s?. Quizás como un lienzo que decía “Que se vayan todos” o un rayado que rezaba “Somos los de abajo y vamos por los de arriba”*

En Chile podríamos entender el movimiento que dio lugar al estallido social como retomar la tradición histórica de juventud, con capacidad de crítica, rebelión, creatividad y humor; o como algo nuevo que recrea aquello, pero como sea es diferente porque el *Basta de Abusos*, es muy amplio, no sólo porque son muchos abusos, sino por la necesidad/exigencia de dignidad y equidad para todos y todas, con la incorporación imprescindible del feminismo, y entonces se trata de una transgresión más global que incluye y valida la violencia, como forma de protesta.

La evasión del metro de escolares, creativa, festiva e intensa, se instala desde la autoridad como niñería a ser desconfirmada, con la ya famosa frase *Esto no prendió*, que literalmente pareciera haber sido el fósforo necesario para el incendio, que se obtiene cuando se provoca al adolescente. Las posteriores declaraciones de guerra del gobierno, que tiene como antecedente a una serie de declaraciones de mofa abusiva de parte de la autoridad, instalan una lógica bélica que como una escalada simétrica –como diríamos sistémicamente- que se alimenta mutuamente. En todas las manifestaciones más pacíficas o más violentas, podemos observar el entusiasmo y la excitación de la libertad y la reivindicación de la dignidad, pero también la excitación de la violencia. Ello inaugura este escenario distópico de una ciudad copada, en ruinas, donde hay indignación, fiesta, junto a dolor, rabia de jóvenes cegados violentamente por represión de la autoridad. Me parece que las y los jóvenes buscan no sólo un nuevo orden o pacto social, sino un nuevo pacto relacional, y como toda búsqueda adolescente, es intensa, zigzagueante, ambivalente, rebelde y creativa.

La ruta de re-encuentro generacional y social es compleja, pues hay un descrédito de la autoridad, que algunos han denominada anomia social, pero no hay que olvidar que la anomia surge -según Merton, y Durkheim que acuñó el concepto- de las tensiones de integración social, y cuando como reza la canción de los Prisioneros, la oferta social es percibida como una trampa, y no da espacio de integración real o igualitaria y digna, y allí aparecen las conductas innovadoras, que no respetan el orden social.

Lo riesgoso es que la pérdida de ética y moral como regulación social en un escenario anómico, nos deje sin terceridad, es decir como diría Jessica Benjamin (2012), sin un tercero moral que reconoce y contiene, que es imprescindible y que pueda actuar como regulador social. Quizás la nueva constitución pueda ocupar esa terceridad. Ello pasa por condenar y no seguir re-editando las violaciones de DDHH, ni validando el vandalismo como estrategia política, pero también reconociendo que la desobediencia civil de los y las jóvenes frente al Estado, no se detendrá si el Estado, y ya no solo el gobierno, no es capaz de construir un orden social creíble, compartido, equitativo, que de verdad de lugar a lo que Hanna Arendt señaló cuando dijo que nadie tiene derecho poder elegir con quien compartirá el planeta.

Nosotros los terapeutas, profesionales, intelectuales y operadores sociales estamos llamados a reflexionar asumiendo un escenario nuevo y complejo. Como nos dice Alicia Gamondi (2017): *“Se trata de que le perdamos el miedo a nuestra propia perplejidad. Reconocernos como sujetos de supuesta ignorancia. Ser capaces que ellos tienen un conocimiento sobre las condiciones en que se juega el devenir de sus vidas del que nosotros carecemos y que nos resultan hasta difíciles de imaginar, pero no en una posición melancólica que nos identifique con el padecimiento de aquellos a los que acompañamos, sino de un modo de habilitar con nuestro esfuerzo reflexivo los andariveles de un pensamiento crítico que socialmente aparece como desestimado”* P.211.

## **Bibliografía**

- Arendt, H. (2000). *Eichmann en Jerusalem. Un Estudio Sobre la Banalidad de Mal* (3era Ed.). Barcelona: Editorial Lumen.
- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades en la era digital*. México: FCE.
- Benjamin, J. (2012). El Tercero. Reconocimiento. *Clínica e Investigación Relacional* 6 (2).169-179.
- Corea, C. & Lewkowicz, I. (200\$). *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós Educador.
- Duchanztsky, S. & Corea, C. (1999). *Chicos en banda: Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós Tramas sociales.
- Durkheim, E.
- Gamondi, A. (2017). El impacto de los requerimientos sociales en los jóvenes actuales. Elementos para pensar nuestra práctica como profesionales de salud mental. En Morici, S. & Donzino, G. (2017). *Problemáticas adolescentes. Intervenciones en la clínica actual*. Buenos Aires: NOVEDUC.
- Han, B-Y (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Hazaki, C. (2019). *Modo cyborg: Niños, adolescentes y familias en un mundo virtual*. Buenos Aires: Topia Editorial.
- Jimenez, G. & Manzi, J. (2019). Cuando queda poco que perder. Opinión, en *La Tercera*, 22 de Octubre.
- Merton, R. (1964). *Teoría y estructuras sociales*. México: FCE.
- Morales, G. & Olivari, C. (2011). *Psicoterapia de niños, niñas y adolescentes: Una mirada sistémico relacional*. Santiago: EPUC/LOM
- Peña, C. (2019). Presos de la pulsión. *El Mercurio*, 20 de Octubre.
- The Clash
- Winnicott, D.W. (1971). La inmadurez en la adolescencia. En Winnicott, DW (1971). *Realidad y juego*. Paidós: Barcelona.